

explicaba la existencia de tan elegante vivienda en un país enteramente campestre y lejos de toda sociedad.

El marqués, cuya salud era mala hacia tres años, se habia empeorado mucho en el último: una tisis pulmonar minaba su vida, y en vano fué que el anciano duque se lo hiciera así presente á su nieta Constanza cuando el marqués empezó sus asiduos obsequios.

Sin embargo, Constanza no se habia casado por amor con el marqués de Prado-hermoso: Constanza, profundamente egoísta, se amaba sólo á sí misma, y si se habia obstinado en aquella boda era porque le aburría la soledad del castillo, en el cual, según ella decia, habitaban solo dos viejos regañones, una chiquilla y dos muchachuelas recogidas por caridad, y que le hastiaba hasta verlas.

Casóse, pues, y el marqués su esposo, hombre de carácter duro y altanero, que supo la oposicion del duque á aquel enlace, prohibió á su esposa toda comunicacion con el castillo señorial, y la aisló mucho más que nunca lo habia estado; pues en su casa, en vez de los dos viejos regañones, la chiqui-

X.

Ya es hora de que entremos en el elegante palacio del marqués de Prado-hermoso, lector mio, el cual solo desde fuera hemos columbrado.

Era este más pequeño, pero más lujoso que el antiguo castillo, como ya dije antes.

En un elegante aposento, vestido de seda de Lion carmesí con ramos de violeta, se hallaba recostado en un sillón dorado, y relleno en su espaldar de almohadones de pluma, el marqués de Prado-hermoso, dueño de aquella opulenta mansion.

Ya he dicho antes tambien que el marqués habia hecho edificarla como sitio de recreo para pasar los veranos, y solo así se

lla y las dos pordioseras, solo tenia un marido enfermo, exigente é imperioso.

Aburriase, pues, de muerte Constanza en el domicilio conyugal, y de ello va á darnos una prueba inequívoca la escena que vamos á presenciar.

Sentado el marqués en su sillón dorado, apenas podia respirar; tanto era lo que agobiaba su pecho la helada de aquella tarde.

Á su lado habia un velador de palo-santo casi cubierto de frasquitos y botellas, y el cual contenia además un termómetro, un reloj de instantes fijos y una palmatoria de plata, en la que ardía una bujía de cera, á pesar de ser como las dos de la tarde.

Aquella bujía tenia el objeto de encender á cada instante un cigarro puro que el marqués no dejaba de oprimir entre sus labios, secos y abrasados por la calentura.

Á su espalda estaba en pié un criado que acudia, con esa solicitud pegajosa y forzada de los cuidados pagados, al menor movimiento de su amo.

Descubriase por las puertas de cristales, que cerraban la alcoba, un soberbio lecho de maderas preciosas muy bajo, y cuyos piés

eran cuatro cabezas de león de bronce cincelado.

Este lecho estaba cerrado en su interior con cortinas de punto de encaje blanco, y exteriormente con anchos paños de damasco carmesí sujetos con cordones y borlas de seda del mismo color.

Sillones esparcidos sin órden alguno, una mesa de ébano llena de libros con encuadernaciones preciosas, y en la pared una panoplia de armas extranjeras y algunos grandes cuadros al óleo, completaban el mueblaje del dormitorio del marqués.

—Llama á la señora, Valentin; dijo aquel á su criado con voz cascada y tan queda ya que demostraba llegar su enfermedad al último periodo.

El criado, obediente como una máquina, fué hácia la puerta y desapareció detrás del tapiz de terciopelo que la cubria.

El marqués dió entonces dos ó tres débiles resoplidos y se levantó para tomar una actitud imponente.

Entonces descubrió su exigua figura, menguada aún por los estragos de la enfermedad.

Era de pequeña talla y flaquéisimo: su ca-

ra amarillenta, de pómulos salientes y de mejillas hundidas, tenia ese sello de irascibilidad, de displicencia y malestar propio de las enfermedades de pecho cuando se unen á un carácter dominante y bilioso.

Sus ojos negros, de relumbrante pupila, se habian hundido y habian perdido toda expresion de sensibilidad y de inteligencia para dar lugar á otra de recelosa malicia: por debajo de su gorro de terciopelo verde, bordado de oro y seda, salian algunos mechones de cabellos negros, pero débiles y lacios; y por las mangas de su bata, tambien de terciopelo verde con bordados de trencilla negra de seda, se escapaban sus manos, de dedos largos y amarillos que remataban en uñas color de violeta.

Apenas se habia colocado de espaldas al balcon, por el cual penetraba un rayo de sol benéfico, entró de nuevo Valentin.

—La señora marquesa se halla en su tocador, dijo inclinándose.

—¡Bergante... ya es la tercera vez que me respondes lo mismo! gritó el marqués con un arrebato de ira que tiñó sus mejillas de un carmesí oscuro.

—Es lo que me ha contestado la camare-

ra de la señora, observó el solapado lacayo sin alterarse ni variar el diapason melífluo de su voz.

—Pues ve ahora mismo á decir que *mando yo*, ¿lo entiendes? que mando yo que venga al instante la señora.

Volvió á inclinarse el criado, y salió.

—¡Me gusta! murmuró el marqués hiriendo el suelo con la punta de su flaco pié calzado con una chinela de tafílete encarnado bordada de oro. ¿Si pensará que porque trajo medio millon de dote se me ha de burlar así? ¡Yo le haré ver que no!

Tan grosero pensamiento dirá bastante acerca del carácter del marqués.

Apenas acababa de formularlo, entró Valentin.

—La señora me sigue; dijo inclinándose y yéndose á su sitio, en el cual permaneció en pié é impasible.

Pronto se oyeron, en efecto, los ligeros pasos de Constanza, que entró en el dormitorio con señales de muy mal humor.

Llevaba un traje de seda de color de lila con volantes, de cuerpo cerrado, sobre el cual volvía un cuello de encaje.

Este traje y su hechura hacian parecer

más alta la elevada talla de Constanza, bastante mayor que la de su marido.

Sus cabellos, peinados en bandós lisos, estaban prendidos en anchas trenzas detrás de su cabeza y sujetos con largos alfileres de oro.

—¿Qué ocurre, vamos... qué pasa? preguntó á su marido, mirándole con enojo.

—Ocurre que me canso de estar solo, y que quiero que me hagas compañía; dijo el marqués, que al ver tan hermosa, tan joven, tan fresca á su mujer, y al verse él tan enfermo y tan repugnante, sintió un arrebatado de furiosa y punzante envidia.

—¿No tienes aquí á un criado?

Estas duras palabras eran hijas del carácter despótico y altanero de Constanza; pues es sabido que las personas dotadas de una alma generosa y tierna llaman por sus nombres propios ó de bautismo á las que les sirven.

Hay frases, lectores míos, de las cuales debéis huir, porque hieren á la humanidad y os conquistarán muchos enemigos.

Muchas veces he oído decir á personas de excelente educación y de corazón muy hermoso, estas ó parecidas palabras:

Miente como un lacayo: es vulgar como una criada: viste como una modistilla; y eso habiendo precisamente delante lacayos, criadas y modistas.

Los pobres seres, objeto de estas injurias, cuando son honrados, tienen también dignidad, y esta se hiere profundamente, les priva de todo placer en servir al que las prefiere y enciende en sus corazones un odio profundo hácia él.

Las palabras de Constanza no pudieron, sin embargo, producir estos efectos en Valentin, demasiado pícaro para que no se las echase todas á la espalda desde muchos años antes.

En cuanto al marqués, la ira vistió de nuevo de púrpura sus biliosas mejillas al oír las palabras de su esposa, y contestó:

—Tengo aquí un criado, pero te necesito á ti también.

Constanza no respondió nada: tomó un libro de la mesa, y acercando al balcón un sillón, se puso á leer.

El marqués la miró con un enojo concentrado y cruel.

Si un observador curioso y conocedor del corazón humano hubiera sorprendido aque-

lla mirada, hubiera asegurado desde luego que en el alma de aquel hombre no solo no habia cariño ya para su esposa, sino que se asentaba un odio profundo hácia ella. Sin embargo, apenas hacia un año que estaban casados!

—¡Sal de aquí!—gritó el marqués tan fuerte como se lo permitian sus dilacerados pulmones á Valentin, que se dió prisa á obedecer.

—¡Señora! prosiguió el marqués no bien el criado hubo salido: ¡señora... deje V. ese libro y óigame!

Constanza cerró el volúmen, le puso sobre sus rodillas, y miró á su marido con una curiosidad burlona y desdenosa.

El mismo observador que hubiese visto la aversion del esposo á la esposa, podria haber visto tambien hasta qué punto despreciaba esta á aquel, al sorprender la mirada que fijó en él.

—Ya está V. obedecido, dijo Constanza; he dejado el libro, ¿qué quiere V.?

—Quiero, señora, repuso este, quiero que en vez de pasar dos horas por la mañana en el tocador, dos por la tarde y dos por la noche, las pase V. á mi lado; creo que no es mucho pedir.

La marquesa nada respondió, y volvió á tomar su libro fijando en él la vista.

El marqués se irritó tanto, que la sangre subió de su pulmón á su boca: se puso de color de púrpura, y le atacó un golpe de tos terrible que duró cinco ó seis minutos.

Cuando cesó, su pañuelo, que habia tenido aplicado á sus labios, estaba teñido de manchas rojas.

Constanza no levantó siquiera la cabeza.

—¡Señora!... dijo el marqués con acento jadeante y convulsivo: tiene V. un corazón de fiera, ó más bien, es V. una mujer sin corazón.

—Pero con medio millón de dote al casarme con V., del cual lleva ya dada muy buena cuenta; contestó la marquesa con sorprendente grosería.

—Más valia que se hubiera V. casado con aquel pobreton de Máximo que envié á América para enriquecerse, continuó el marqués; porque su educacion y la vulgaridad natural de V. se hubieran unido muy bien.

—Tiene V. razon, contestó Constanza; Máximo, al menos, hubiera agradecido mi dote, porque era francamente pobre y muy honrado; en tanto que la pobreza de V., tan ver-

gonzosa como la suya, estaba disfrazada con las apariencias de la fortuna y tenía la mala fé de un comerciante.

—Á bien que, casándose con ese pobrete, no hubiera V. hecho otra cosa que seguir el ejemplo de su padre; el cual, al año de viudo de la hija del conde de la Puente, se casó con una muchachuela hija de un empleado cesante y bordadora de oficio, á quien tuvo que hacer hasta camisa.

—Si tal era su gusto, hizo muy bien; contestó la marquesa, cuya exaltada vanidad se mortificaba hasta un punto increíble siempre que delante de ella se evocaba este recuerdo.

Al ver el disgusto que se dibujaba en sus facciones, una sonrisa triunfante dilató los labios del marqués, quien, agobiado ya de fatiga, volvió á dejarse caer en su sillón.

Constanza tomó de nuevo su libro y se puso á leer en él con mucha atención, al parecer, pero evidentemente con el solo objeto de disimular el enojo que habían provocado en ella las palabras insultantes de su marido.

—Quisiera saber, señora, dijo este tras algunos instantes de silencio, para quién se

viste V. con tanto esmero cuatro ó cinco veces al día; porque aquí no viene nadie, ni vendrá, mientras yo conserve sana mi razón.

—Me visto todos los días para distraerme, contestó la marquesa, y hoy me he vestido para ir á ver á mi abuelo que está enfermo, y de cuya vista con tanta injusticia me ha separado V.

—¿No se resignó V. muy satisfecha á lo que ahora llama injusticia?

—¿Yo? ¡V. está loco!

—¿No me dijo que no permitiéndole ir la librería de la vista de dos viejos impertinentes, de las tonterías de una chiquilla y de las demasías de dos pordioseras?

—Si eso dije, ahora le declaro que todo ello me parece preferible á V., y que voy á buscarlo de nuevo, al menos por algunas horas cada día.

—¡Y yo le digo á V. que no irá!

—¡Y yo le afirmo que sí!

—¡Lo veremos!

—Va V. á verlo.

La marquesa, sin reparar en el terrible efecto que aquel violento altercado hacía en el carácter iracundo de su esposo, el cual,

lívido y jadeante, sostenia su pecho con ambas manos, se abalanzó al cordon de la campanilla y tiró con violencia.

Presentóse al instante Valentin.

—¡Mi coche! dijo Constanza con imperio.

—¡Quieto ahí, bergante! rujió, más bien que dijo, el marqués.

—¡Que pongan mi coche! repitió Constanza, cuya voz temblaba agitada por un fuerte sacudimiento nervioso.

Valentin no se movió.

—¡Ah! exclamó la marquesa con las mejillas de color de púrpura y los ojos chispeantes: ¡ah, infame! Deja que tu amo cierre los ojos, y verás dónde te echo yo.

El marqués no pudo oír estas palabras: el exceso de su ira le habia privado de sentido.

Habia reclinado su lívida cabeza en el respaldo de su sillón, y de su boca se escapaba la sangre en largos hilos, al mismo tiempo que levantaba su demacrado pecho un congojoso estertor.

—Ya está enganchado el carruaje de la señora marquesa, dijo un lacayo asomándose al tapiz de la puerta; se lo oí pedir desde la antecámara, y la está esperando.

—Hiciste bien, dijo con voz melosa Va-

lentin: por no irritar á S. E. no pude salir á pedirlo; perdone la señora marquesa.

Constanza echó una mirada de supremo desden sobre el redomado pícaro, y salió sin mirar á su marido.

En la antecámara halló á una de sus doncellas que la esperaba con una capa de terciopelo y un sombrerito de fieltro coronado de una pluma.

En el palacio habia criados que obedecian al marqués, y otros más prudentes que aduaban á la marquesa: esta se cubrió con la capa, se puso el sombrero sobre sus hermosos cabellos, bajó la escalera y tomó el coche, diciendo al cochero con voz que aún temblaba de emocion y de ira:

—¡Al castillo!

BIBLIOTECA DE LA ALDEA Y EL PALACIO

Á su lado, y sentado en otro más pequeño, se hallaba el médico.

Al otro lado el sacerdote; y un poco desviadas, Victorina, cuyos ojos estaban rojos é hinchados de llorar, y Sidonia, que estrechaba entre las suyas las manos de la niña.

El duque apenas sufría: su agonía era tan dulce y sosegada, como dolorosa había sido su enfermedad.

Envuelto en su bata de terciopelo, solo la absoluta demacración de su cuerpo decía que no podía ser ya larga su estancia en la tierra.

Cuando Constanza apareció en el umbral con su elevada estatura, su hermoso rostro, y su manto de terciopelo, que hacía resaltar más la bella magestad de su figura, el duque la conoció al instante.

—¡Hija mía! dijo: ¡gracias por haber venido!

Otros dos gritos siguieron á estas palabras.

—¡Hermana! dijo Victorina corriendo hácia ella.

—¡Señorita! exclamó Sidonia, poniéndose de pié.

Constanza fijó en su abuelo una mirada,

XI.

Las cuatro serían cuando la marquesa entró en la morada paterna; en aquella morada donde tan amada había sido siempre y donde aún se pronunciaba su nombre con cariño por un anciano, una jóven y una niña.

El anciano era el duque; la jóven, Sidonia; la niña, Victorina.

Los criados le abrieron paso silenciosamente, y llegó hasta la habitación de su abuelo.

Este había dejado el lecho.

La enfermedad, en su último periodo, había hecho una tregua y mitigado su rigor.

El anciano ocupaba un sillón muy ancho y cómodo.

en la cual brilló un poco de cariño y de interés.

Á pesar de la natural dureza de su corazón y de su insensibilidad, amaba algun tanto á aquel anciano que tan tiernamente la habia querido toda su vida, y que cuando se verificó el segundo matrimonio de su padre fué para ella otro padre, más amante y cuidadoso que el primero.

—¡Hija mia! dijo el anciano; me queda poco tiempo de vida; y Dios, sin duda, te envia para que descanse de un gran peso mi corazón.

—¡Padre mio! dijo Constanza sentándose en un taburete á los piés del anciano, despues de haber dado á Sidonia su capa y su sombrero. ¡Padre mio! ¿Por qué alimentas tan tristes presentimientos? ¿Por qué crees que te vas á morir?

—Porque siento que la vida se me acaba; contestó el anciano con una sonrisa dulce y débil como su voz.

Y luego, volviéndose penosamente hácia el médico, añadió:

—Necesito quedarme solo con mi nieta durante algunos momentos, amigo mio.

Sidonia oyó estas palabras, y salió de la

estancia silenciosamente, y seguida de Victorina.

El médico y el sacerdote salieron tambien, y Constanza ocupó uno de los sillones inmediatos á su abuelo.

—No hay tiempo que perder, hija mia, dijo este: la muerte puede sorprenderme de un instante á otro, porque este bienestar que experimento no es natural: escúchame con atencion.

Tu padre casó muy jóven con la hija del conde de la Puente.

Aunque era mi hijo, me amaba poco, porque no sabia amar; y aún menos que á mi amó á tu madre.

Esta se parecia á tu hermana; era como Victorina; buena, alegre, dulce y generosa; pero mi hijo trocó bien pronto la alegría natural de su jóven esposa en una tristeza mortal.

Tú te asemejabas á tu padre, y hoy eres su verdadero retrato; no te enojas, Constanza, los moribundos solo pueden y deben decir la verdad.

Murió tu madre dejándoos, á tí de doce años de edad, y á Victorina de solos dos meses; y murió de pena al ver que su esposo

habia dilapidado, no solo todo su caudal, sino tambien su cuantioso dote.

Un año se cumplia apenas desde la muerte de tu pobre madre, cuando mi hijo vió una noche en las calles de Madrid á una bella jóven acompañada de una anciana; las siguió, y las vió entrar en un almacen de bordados: se informó, y supo que se llamaba Rosa y que mantenía con su trabajo á su madre, que era viuda.

Tu padre era libre, porque tu hermana y tú estábais ya bajo mi amparo, considerando yo indigno á mi hijo de ser vuestro tutor.

Apasionóse verdaderamente de la jóven bordadora, y no pudiendo obtener su correspondencia, se casó con ella sin darme parte de su decision.

Seis meses despues salió para América con objeto de hacer fortuna, pues se hallaba casi arruinado, y llevó consigo á su esposa, cuya salud habia empezado á decaer, y que se hallaba en cinta.

Pero la justicia de Dios reservaba un castigo bien cruel para los extravíos de tu padre.

El buque en que iban naufragó á la vista del puerto, y el desdichado pereció.

Calló el anciano: su voz se habia debilitado á causa de su violenta emocion. Poco despues continuó así:

—Tu madre se salvó, y volvió á España en la más absoluta miseria.

Entonces, y á pesar de saber mi fuerte oposicion á su enlace con mi hijo, resolvió ir á buscarme para poner al suyo bajo el amparo de mi caridad.

Todo esto me lo escribió un amigo desde Cádiz, al cual contesté incluyéndole una cantidad y una carta para Rosa; aquella para los gastos del viaje, y esta abriéndole mi casa y mis brazos.

Pero la pobre jóven se hallaba muy enferma al recibo de aquella carta: el dinero se gastó en su enfermedad, y solo despues de algun tiempo de padecer pudo ponerse encamino.

Lo hizo, sin embargo, sin volver á escribirme, y aunque me dijeron que habia salido de Cádiz, han sido inútiles cuantas pesquisas he hecho para averiguar su paradero y el de su hija.

No obstante, despues de algunos meses de la fecha en que me aseguraron habia salido de Cádiz, recibí este billete ó carta que

me trajo un hombre del pueblo; el cual, según me dijo, lo había hallado en un mísero camaranchon que había ocupado en la posada de la aldea vecina.

El duque presentó á Constanza un papel que esta desdobló y leyó. Decía así:

«Padre y señor: Ya estoy con mi hija cerca de V., pero no sé si me será dado llegar á pedirle su bendición para este pobre ser.

»Dos dias hace que la he dado á luz; pero como San Simon solo dista una hora del castillo, no la hago bautizar hasta que V. me dé su beneplácito.

»Pudiera suceder que muriera aquí; y así, señor, para conocer á mi hija, le diré que lleva al cuello un medallon de oro que contiene por un lado un rizo de mi cabello, y por el otro una rosa blanca seca, con hojas verdes, primer recuerdo de amor que recibí de su padre: el rizo está atado con una cinta azul, en cuyos dos cabos se leen estas palabras escritas por mi mano al embarcarme con su padre, y temerosa de perecer en el mar despues de haberla dado á luz:

»*¡Si muero en el mar, que Dios salve á mi hija, y que le ampare aquella buena alma que le recoja!*

»¡Tan mala me siento, que no sé si podré llegar á implorar su bendición antes de morir!...

ROSA.»

—Nada he vuelto á saber de esas desgraciadas, continuó el duque, cuyo semblante se descomponia por instantes... Hija mia, busca á tu hermana... es tu deber... y si la encuentras...

Calló el anciano, y echó hácia atrás su pálida cabeza dando un débil gemido.

—¡Socorro! gritó Constanza con temor: ¡Socorro!... ¡mi padre se muere!...

El médico, el sacerdote, Sidonia, Victorina, y hasta Genoveva, se precipitaron en la estancia.

D. Venancio se aproximó al enfermo y asió su mano.

Luego alzó al cielo los ojos, y volviéndolos al sacerdote, dijo con ahogado acento:

—¡V. solo es el que hace falta aquí ya!

Al pronunciar estas palabras, hizo con la mano una señal imperiosa á los demás, que se disponian ya á salir del cuarto, cuando se dejó oír como un dulce murmullo la voz del anciano.

—¡No!... dijo alzando débilmente la ma-

no: ¡no!... que se queden aquí... quiero... verles á todos... quiero morir... rodeado de todos...

Nadie se movió, permaneciendo cada uno inmóvil en el sitio que ocupaba.

—Doctor... dentro de veinte y cuatro horas... que se abra el cofrecito de plata y que se lea el paquete cerrado que contiene mi testamento... y mis papeles... Recoge... y guarda una carta... que acabo de entregar á Constanza... y no desampareis á esas... dos pobres huérfanas...

El duque, fatigado con aquel penoso esfuerzo, inclinó la cabeza y no habló más.

—¡De rodillas! dijo con voz solemne don Fernando.

Todos obedecieron, y el mismo sacerdote se arrodilló al lado del sillón.

El duque había recibido por la mañana los Sacramentos de la confesion y comunión.

Pronto se oyó un confuso murmullo de plegarias y de sollozos que duró algunos instantes.

El sacerdote sacó de su pecho una cajita de oro y aplicó los santos óleos de la Extremauncion á las sienes del moribundo.

Y como si el alma solo hubiera esperado

este instante para volar al seno de Dios, dió el duque un débil gemido y espiró.

Durante algunos instantes resonaron aún las preces.

Luego, y á una señal del cura, las dos huérfanas y las dos herederas del finado fueron á besar su mano.

—¡Adios! murmuró Sidonia: ¡adios, padre y bienhechor mio... único protector de nuestra miseria y orfandad! ¡Á nadie tenemos ya en el mundo que nos ame!... Ruega desde el cielo por mi hermana y por mí.

La jóven, dichas estas palabras, salió con su hermana, quien, á pesar de su impasibilidad, lloraba tambien.

—¡Señora! dijo el doctor deteniendo á Constanza en el umbral de la habitacion: su señor padre de V. me ha encargado, ya en su agonía, que recogiese de V. una carta.

—Es cierto que hace poco rato me ha entregado una carta, doctor, contestó con altivez la marquesa; pero es concerniente á un asunto de mi familia, y como no he oido que mi abuelo haya dirigido á V. semejante encargo, permítame le diga que no pienso en entregársela.

—¡De qué manera podia yo saber que esa

carta existia, á no haberme encargado de su depósito el duque? dijo D. Venancio, cuyo pálido rostro se cubrió del carmin de la indignacion.

—¿De qué manera? repitió Constanza: de la manera que ha ido V. enterándose poco á poco de todos los asuntos de nuestra casa.

—¿Persiste V. en no entregarme esa carta? preguntó severamente el médico.

—Sí, señor: contestó la marquesa.

—¿Se atreve V. á desobedecer la última voluntad de su padre... en presencia de su cadáver?

—Si la voluntad de mi padre ha sido que yo entregue esta carta, estará consignada en su testamento, y cuando oiga la lectura de esa cláusula me conformaré con ella.

—Está bien, dijo D. Venancio dominándose: soy testamentario del difunto, y para mañana á las nueve de la noche cito á usted en el salon del castillo para oír su última voluntad.

—Entretanto me llevo á mi hermana, dijo Constanza con altanería; pues no habiendo hasta la lectura del testamento tutor reconocido, su tutora natural soy yo.

Esto diciendo, tomó de la mano á Victori-

na y salió con ella para tomar su coche, en tanto que la pobre niña, aturdida con lo que oía, no acertaba á decir una palabra, y se dejaba llevar como una corderilla por su imperiosa hermana.

la una con la indiferencia propia de su edad, la otra con una extraña impaciencia.

Dieron las nueve: el notario se levantó y tomó un cofrecito de plata cincelada que se veía sobre la mesa, inmediato á una escribanía de oro.

Aquel cofrecito tenia media vara de largo y una cuarta de ancho, y era el mismo de que habia hablado el anciano duque á su amigo el doctor.

El notario lo abrió con mano segura, y lo primero que sacó fué un rollo de papeles sellado con lacre negro y que tenian el siguiente rótulo:

Declaracion que ha de leerse antes de abrir mi testamento.

El notario, sin pedir á nadie su vénia, rompió el sobre, sacó un pliego, y leyó así con voz clara y sonora:

«Yo, Cárlos Luis Gabriel de Alvarez y Puertollano, duque de la Estrella, declaro que mi hijo único Alfonso, viudo de la hija única del conde de la Puente, contrajo segundo matrimonio con Rosa Salvatierra, de oficio bordadora; que habiéndose embarcado con ella para América pereció en el naufragio, y que su esposa volvió en cinta á la Pe-

XII.

Las nueve menos algunos minutos serian de la noche del siguiente dia, cuando se hallaban reunidos en el salon del castillo toda la familia del difunto duque de la Estrella y los cuatro testigos designados por él antes de morir.

Sentados delante de una mesa cuadrada y cubierta con un tapete de terciopelo negro, en el cual estaban bordadas en oro las armas de la casa, se hallaban los albaceas, que lo eran el párroco D. Fernando y el doctor, y el notario de la casa, que acababa de llegar de Toledo con los testigos.

Enfrente y recostadas en dos sillones, Constanza y Victorina, vestidas de riguroso luto, esperaban la lectura del testamento;

nínsula, habiendo dado á luz una niña en el vecino pueblo de San Simón, cuyas señas y demás pormenores se expresan en una carta que pienso poner en manos de mi nieta doña Constanza de Alvarez y Puertollano, marquesa de Prado-hermoso, y que esta devolverá, despues de enterada de su contenido, á mi amigo y testamentario el doctor D. Venancio de Astudillo.»

El doctor extendió la mano hácia la marquesa, y esta puso en ella la carta con un movimiento de enojo muy visible.

El notario continuó leyendo:

«Habida que sea la carta, se leerá antes de abrir mi testamento, y despues quedará unida á esta declaracion que firmo en mi castillo señorial á 7 de Enero de 1832.

CÁRLOS LUIS GABRIEL DE ALVAREZ Y PUERTOLLANO,
DUQUE DE LA ESTRELLA.»

—Aquí está, prosiguió el notario, sacando otro papel del paquete, la partida de casamiento del difunto Sr. D. Alfonso de Alvarez y Puertollano con Rosa Salvatierra: se halla legalizada y en toda forma.

Y extendió sobre la mesa el documento, al cual no faltaba, en efecto, ningun requisito para ser valedero.

Acto continuo, el notario leyó la carta que ya conocemos por haberla leído con Constanza cuando esta la recibió de manos de su abuelo, y la volvió á guardar en el cofrecito.

En seguida abrió el testamento, que decía así:

«Habiendo dado á mi nieta primogénita medio millon de reales para su dote, es mi voluntad que del total de mi fortuna se separe otro medio millon para su hermana Victorina, cuyo medio millon quedará en poder del tutor de mi nieta, la dicha Victorina.

»Nombro tutor y curador de la misma al doctor D. Venancio de Astudillo.

»Lego á D. Máximo Saturnino Osorio, hijo de mi amigo el general Osorio, para cuando pudiese ser habido, dos millones de mi fortuna libre, mi palacio de Madrid y mi quinta de Sevilla.

»Dejo á la señorita doña Sidonia Gaminde, mi pupila, y huérfana del benemérito capitán D. Arturo Gaminde, amigo de mi hijo, veinticuatro mil duros de dote, á condicion de que en el caso de volver de América en el término fijo de un año, contado desde el 28

de Enero del que rige, el antedicho don Máximo Saturnino de Osorio, ha de casarse con él.

»Lego á la señorita doña Genoveva Gaminde, hermana de la anterior y tambien mi pupila, la cantidad de diez mil duros para su dote; y es mi voluntad que ambas hermanas permanezcan al lado de mi amigo y testamentario el doctor D. Venancio de Astudillo, hasta la época de su casamiento.

»En el caso de ser habida mi nieta doña Rosa de Alvarez Puertollano y Salvatierra, le dejo un millon de reales, que su tutor el señor cura párroco de la aldea de San Simon conservará en su poder y le entregará el mismo dia de su casamiento.

»Dejo á mi cocinero Juan una renta vitalicia de ocho mil reales, cuyos títulos se encontrarán adjuntos.»

Seguian despues algunas mandas para todos los antiguos servidores de la casa, y acababa el testamento con esta cláusula:

«El resto de mi fortuna libre y todos mis bienes vinculados, así como las joyas de mi difunta esposa, se repartirán por igual entre mis tres nietas, Constanza, Victorina y Rosa, guardando en depósito la parte de esta úl-

tima su tutor, el señor cura párroco, para cuando pudiese ser habida.

»Si la muerte arrebatase al señor párroco antes de ser habida mi nieta Rosa, todos los bienes de esta pasarán á poder del doctor, que será á la vez tutor de mis dos nietas menores.

»Si fuese el doctor quien pasase á mejor vida, mis dos nietas menores quedarán bajo la tutela del párroco hasta la época de su casamiento.

»Si trascurridos veinte años no hubiese noticias de mi nieta Rosa, sus bienes pasarán á los pobres y se repartirán entre los asilos de caridad.

»Dado en mi castillo señorial á 7 de Enero de 1832.»

—¡Conque es decir que esa advenediza, si parece, es la más rica de las tres! exclamó Constanza con despecho.

Nadie respondió á estas imprudentes palabras: la voz del moribundo duque, saliendo ya de su sepulcro, llenaba aún con sus ecos el salon.

El párroco se levantó, y todos los demás le imitaron, disponiéndose á abandonar la estancia.

—Un momento, señores, dijo D. Fernando: tengo que hacer dos declaraciones muy importantes.

—¿Dos declaraciones? repitió Constanza con desden.

—Sí, señora marquesa: debo decir que hace once años bauticé en la parroquia de la vecina aldea de San Simon á una niña que llevaba al cuello un medallon de oro que encerraba, por uno de sus lados, una rosa blanca marchita, y por el otro un rizo de cabellos rubios.

—¿Y esa niña... preguntó con ansia el doctor, sabe V. de ella?

—Sí, contestó el párroco: esa niña vive en San Simon.

—¿En San Simon! repitió Constanza.

—Sí, en San Simon, repuso D. Fernando: es Rosa, la que todos conocen en el país con el nombre de Golondrina.

—En efecto, dijo el médico; esa pobre niña fué hallada, á los pocos dias de haber nacido, en el hueco de una peña por un pastor de la aldea, y dos dias más tarde fué su madrina en la pila bautismal la anciana Francisca, poniéndole el nombre de *Rosa* en memoria de la divisa que llevaba al cuello.

—El mismo dia que fué hallada la niña, continuó el párroco, fuí á reconocer el cadáver de una jóven que se encontró á un lado de la senda que conduce desde San Simon hasta el castillo; la justicia me acompañó; y combinando las circunstancias, puede darse como cosa segura que era el de la infeliz Rosa, quien, queriendo ir á morir al castillo y bajo el amparo del padre de su esposo, murió antes de llegar á verle.

—¡Desgraciada! exclamó el notario á pesar de su impasibilidad oficial.

—La pobre jóven, dijo á su vez el médico, al sentirse morir, colocaria á su hija en el hueco de la peña donde fué encontrada.

—Ya duerme en paz hace mucho tiempo en el cementerio de San Simon, dijo el párroco.

Reinó el silencio durante algunos instantes.

—Además, prosiguió el párroco, sé dónde se halla el jóven Máximo Saturnino de Osorio, prometido de la señorita doña Constanza hace nueve años, y hoy prometido de la señorita Sidonia de Gaminde.

—¡Cómo! exclamó D. Venancio al oirlo.

—Máximo se halla en mi casa, prosiguió

el sacerdote: hace nueve años pasó á las Indias deseando obtener alguna fortuna para casarse con la señorita Constanza, á la cual amaba locamente: tenían, él veinte años, y ella diez y seis: al tiempo de partir, la señorita Constanza desprendió de sus cabellos una rosa de perlas y esmeraldas como un recuerdo suyo: ¿es esto cierto, señora marquesa?

—¡Es cierto! murmuró Constanza confusa.

—Pues bien, Máximo volvió ocho dias hace á este país, tan pobre como salió de él: la suerte no le fué propicia: le he reconocido por sus papeles y por la rosa de perlas que hallé en su pecho y que yo sabia por el duque que Constanza le habia dado. Máximo fué hallado á la puerta de la iglesia de San Simon, desmayado de hambre... y de dolor, porque encontró á su prometida casada con el marqués de Prado-hermoso!

—¡Ah!... ¡pero vive... vive! exclamó Constanza con afán, pues su ambicion no habia podido ahogar aquel amor, el primero y el único que en su vida habia tenido.

—¡Quizá á esta hora no viva ya, señoral contestó con tristeza el sacerdote.

—Mi pregunta es solo dictada por la compasion, repuso la marquesa recobrando su habitual altanería: me vuelvo á mi casa, añadió, y suplico á V., señor doctor, que puesto que es V. el tutor de mi hermana y de esas dos jóvenes, para mañana deje desocupado este castillo.

Y esto diciendo, salió sin siquiera abrazar á Victorina, que la siguió con una mirada triste.